

REFLEXIÓN PARA SEMANA SANTA

“Pienso, luego existo”, afirmó Descartes. Posiblemente la conclusión era consecuencia de ese inevitable deseo de todo ser humano –incluidos los sabios– porque la propia existencia sea una realidad indudable y no un sueño, como el de nuestro Segismundo calderoniano del que, tal vez, podemos despertar en cualquier momento y regresar, como inconsistentes sombras fantasmagóricas, a la nada

Pero la afirmación, sin un análisis más detenido y amplio de lo que debemos entender como pensamiento, no demuestra la existencia personal. En puridad, si eliminamos como resultado de la acción de pensar cuanto ideamos para alcanzar deseos y ambiciones y las distintas maneras de materializarlos, pensar, lo que se dice pensar para conocer, descubrir, entender, asimilar, perfeccionarnos, distinguir lo trascendente e importante de lo vacío, lo hace una minoría tan exigua que, si sólo existiera ella, podría considerarse este nuestro mundo casi despoblado.

Y esto ocurre en el Siglo XXI, cuando una avanzada tecnología –fruto de unos pocos cerebros del pasado y del presente– nos pueden liberar de esfuerzos pesados o penosos para subsistir y, así, buscar los medios eficaces de ayudar a pueblos sumidos aún en la negrura de la miseria y de la ignorancia, sin más que hacer uso de esa facultad que nos fue dada de pensar y que, según el filósofo, nos demuestra que somos algo distinto a un puñado de simple materia.

Pero, sin embargo, una detenida observación nos indica que no utilizamos ese instrumento eficaz para encontrar el camino correcto y bueno; contrariamente nos conduce a resultados paradójicos: alcanzado cierto estadio elevado de bienestar y tranquila seguridad, nos invade –de forma muy acusada al español– cierta inquietud, una especie de comezón o picor incómodo con la extraña propiedad de incitarnos, no a “pensar” la forma de vencerlo, sino a extenderlo por todo el cuerpo social transformado en algo contagioso y epidémico. Ocurre ello, acusadamente, en política.

Parece como si la solidaridad, la igualdad, la paz, las semejanzas, las raíces e historia comunes, nos dolieran; queremos ser distintos, singulares –deseo que, por sí mismo, no es malo, aun cuando carezca de consistencia–, y para lograrlo no dudamos en enfrentarnos a los demás, agrediendo e incluso matando –lo que ya sólo puede calificarse, de manera suave, como locura–, olvidando o desvirtuando verdades indestructibles: que no existen ya razas puras (por fortuna) y que lo justo y sensato para cuantos nos encontramos en este pequeño planeta, consiste en ayudarnos y protegernos mutuamente, como único medio válido de desterrar, para siempre, las guerras y cualquier violencia.

Se ha dicho que quien olvida su historia, está condenado a repetirla. La desmemoria y manipulación del pasado, pueden hacernos “progresar” hacia un ayer incivil y cruel que todos hemos querido superar y que, de hecho, ya lo está para siempre, a poco inteligentes que seamos.. Pero ello nos obliga a huir de tentaciones regresivas estúpidas y del “ todo vale”, sean cuales fueren las consecuencias, para alcanzar egoístas aspiraciones de poder.

Cuando aparezca este escrito ya habrán pasado las elecciones generales, cuyos prolegómenos nos están saturando de propaganda contradictoria. Aunque no me gusta la mezcla de religión y política, la proximidad de la Semana Santa hace inevitable estas reflexiones. Por encima de cualquier discrepancia ideológica, no podemos olvidar, los creyentes, que somos hermanos por voluntad de Dios y como tales, con afecto fraternal, hemos de comportarnos; para los descreídos, que el hombre quizá sea una excepción, un fenómeno prodigioso e irrepetible en todo el inmenso universo, con una vida breve y fugaz, semejante a la del pequeño meteorito, convertido en ceniza no mas roza la atmósfera. Merece la pena esforzarnos por estar juntos, apretados unos con otros, dándonos calor y amable compañía, como familia unida en fría noche invernal.

Pensemos... Esforcémonos en pensar sobre qué somos y lo que fue nuestro pasado; procuremos pensar en cómo puede construirse el futuro y, sobre todo, en nuestro destino último, en la forma de perfeccionar la convivencia sin rupturas, sin destruirnos o herirnos con inexplicable crueldad.. Esos pensamientos nos elevarán por encima de la simple materialidad y nos harán, en verdad, existir –ser–, como escribió el célebre filósofo: cogito, ergo sum.... Existo..., y mi existencia puede ser la antorcha que ilumine el sendero al extraviado caminante, como quería cierto personaje de Shakespeare.

Miguel Molina Rabasco